Ideas del orígen del hombre indígena según los viajeros

MARCO A. ACOSTA RUIZ

Hablar o pensar en un viajero nos puede llevar a imaginar que se trata de una persona que sólo recorre el mundo por placer o profesión. Hoy quiero penetrar en el mundo de aquellos viajeros que visitaron y recorrieron nuestro territorio en el siglo XIX buscando elaborar y responder a sus propios cuestionamientos. Algunos por interés político y otros por abrir paso a la ciencia, estos hombres nos dejaron como herencia sus visiones y vivencias en escritos, dibujos, colecciones, etcétera.

Ahora me vuelvo un historiador en las ideas de la arqueología y recorro el mundo a través de las obras que nos legaron en busca de sus teorías sobre el origen de las culturas prehispánicas en México.

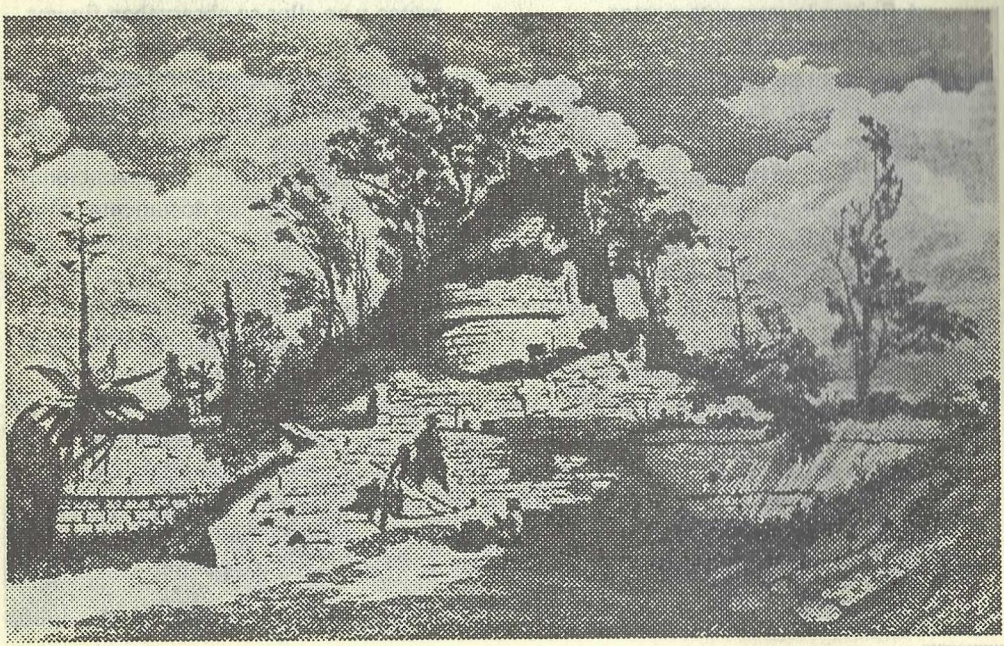
Durante el siglo XIX en Europa, el romanticismo rodeaba la atmósfera intelectual de los científicos; una de la ideas que planteaba era la exploración de lugares desconocidos y México era uno de estos sitios que llamaban la atención por sus características propias para la minería, la botánica, la cartografía y la arqueología.

Los primeros "aficionados" a la arqueología en México pretendieron dar respuestas a sus interrogantes de acuerdo con los medios que tenían a su alcance. La mayoría de ellos desconocían la realidad sobre el origen de las ruinas y al encontrar los vestigios cubiertos por la espesa flora, su asombro era tal, que comenzaron a proponer interpretaciones o teorías para descubrir quiénes serían los artífices de estas obras. La idea de descubrir lo que nunca nadie había podido les permitía plantearse diferentes interrogantes, pero eran incapaces de distinguir entre una hipótesis y un hecho, por lo que consideraron como reales muchos de los planteamientos propuestos, por fantásticos que fueran.

Sabemos que tenían limitaciones; por un lado, la dificultad del acceso a las ruinas y por otro el clima cálido-húmedo, que era un factor terrible para ellos pues provenían de países con climas distintos como Inglaterra, Alemania, España y Estados Unidos. Además tuvieron que enfrentar el cambio de alimentación y las costumbres locales; así pues, la "ciencia de las antigüedades", después de la época de la conquista, específicamente a partir de la primera mitad del siglo XVI y durante todo el siglo XIX, surgió con un gran interés entre los viajeros; algunos pertenecieron al clero, como en el caso de los frailes franciscanos, otros fueron filósofos, aventureros, científicos, etcétera. Para el siglo XIX encontramos en ellos un sentido más amplio sobre la aplicación de sus conocimientos. Todos ellos tuvieron la finalidad de abrir nuevos caminos al desarrollo, a la política y a encontrar la forma de obtener ventajas económicas para su país de origen o a nivel individual.

Así pues, encontramos personajes, que a medida que iban recorriendo el país, se daban cuenta de lo maravilloso que tenía este Nuevo Mundo para los europeos: riquezas naturales, riquezas culturales, gran variedad de tradiciones y una rica historia.[1]

Enfrentarse con una nueva cultura resultó difícil para los exploradores, pues a medida que conocían a su gente se despertaba en ellos una inquietud por saber de sus orígenes, y aún más, cuando se enfrentaban a vestigios de culturas ya desaparecidas. Para estos



precursores, la arqueología no existía como ciencia y no fue sino hasta el último cuarto del siglo XIX cuando se le reconoció como tal.

Así podemos entender las dificultades que se les presentaban para deducir de dónde vinieron y cómo eran esas culturas en un tiempo en que no contaban con respuestas científicas a estas interrogantes. La fascinación por las culturas prehispánicas ocasionada por el poco conocimiento que se tenía de ellas propició que las especulaciones llevaran a plantear múltiples hipótesis sobre su origen. El inicio de una investigación arqueológica planteaba preguntas como ¿Quiénes fueron los constructores? ¿De dónde provenían? ¿Dónde quedaron sus habitantes? entre otras, pues en ese momento toda esa información era desconocida.

Todavía en nuestros días no es definitiva la respuesta a estos cuestionamientos, pero hay hipótesis que fueron propuestas desde el siglo XVI hasta el siglo XIX para dar explicación al poblamiento del continente, como por ejemplo, la de las migraciones hacia América por el estrecho de Bering, la de la llamada ciudad perdida de la Atlántida, la de lugares fundados por la cultura egipcia y las teorías sobre una cultura autóctona.

Como primer antecedente para la apertura de las exploraciones de asentamientos prehispánicos, se encuentra el caso de Palenque; en el año de 1773 un clérigo llamado Ramón Ordóñez recordaba que en su niñez había escuchado una historia referente a unas construcciones de piedra, que se encontraban cerca de la población de Santo Domingo de Palenque. Un grupo enviado por Ordóñez al lugar hizo un reporte sobre lo descubierto que llegó a manos de los superiores de Ordóñez. El presidente de la Audiencia de Guatemala, intrigado, pidió un informe completo de las ruinas. De esta labor se encargó el arquitecto Real, Antonio Bernasconi, quien describió la arquitectura e investigó el origen de pueblo, su antigüedad y otros datos.

La Real Audiencia tuvo que elegir a otro investigador llamado Antonio Del Río, oficial de artillería, que en el año de 1786 llegó a Palenque reclutando indígenas para que lo guiaran por los densos accesos de la selva. A las dos semanas se topó con palacios en ruinas que calificó de "extraños", debido a que los muros estaban elaborados con estuco y en ellos se observaban figuras humanas; excavó encontrándose algunos objetos de piedra y cerámica que envió a la Gran Audiencia junto con el reporte de la investigación. Dicho reporte consistía en ilustraciones y Del Río entregó los documentos a sus superiores en 1787, siendo depositados en los archivos oficiales. Un cierto Dr. Mc Quy obtuvo las copias del reporte y las mandó a Inglaterra. Años después el manuscrito intitulado *Description of this ruines of an ancient city, discovered near Palenque ... from of original manuscript report of capitain Don Antonio Del Río*, fue publicado por el librero Enry Bothiuld en 1822.[2]

Del Río ocupó por ello

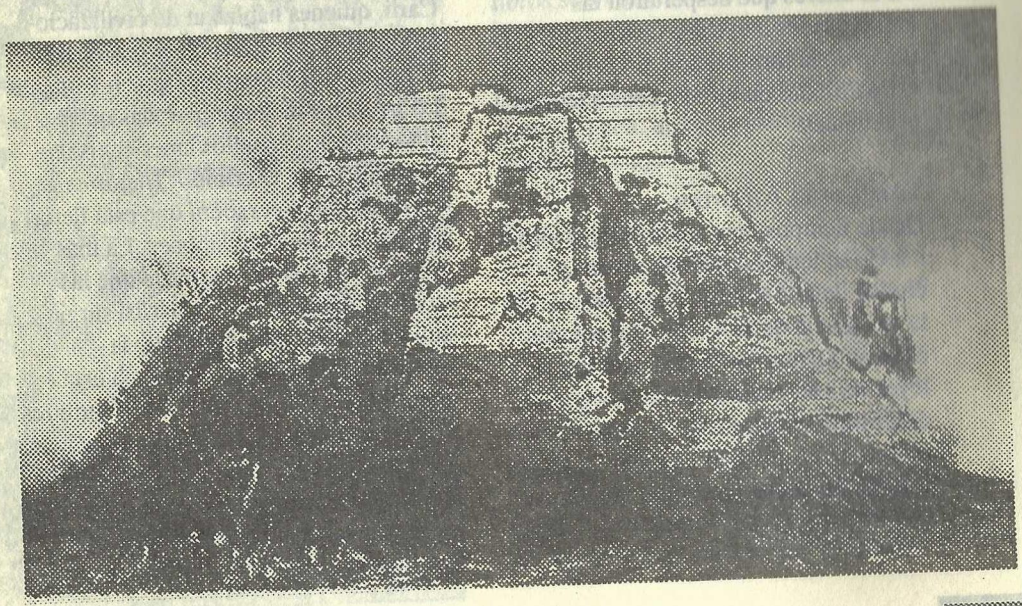
un lugar único en la historia inicial de la arqueología maya ... él desistió de todo intento de explicación cuando llegó a las ruinas ... sin embargo, a diferencia de muchos de sus sucesores no inventó, ya que él estaba consciente que era algo nuevo ... Era un oficial del ejército que carecía de los requisitos de un explorador arqueológico que no fueran sus rasgos de meticulosidad e inteligencia.[3]

Posteriormente un austríaco llamado Dupaix, nacido en Salam, que pertenecía a la nobleza y había sido designado para desempeñar una misión de la corona, exploró una vasta región que se extendía de la ciudad de México a Palenque, así como el Tajín en Veracruz. Sus investigaciones fueron realizadas entre 1805 y 1808. El grupo que lo acompañaba estaba integrado por Luciano Castañeda como dibujante y Juan Del Castillo como secretario.[4]

Dupaix sugería que en las ruinas de Palenque la ausencia de murallas y fortificaciones significaba una existencia pacífica de los habitantes. La descripción que Dupaix hizo de los bajorelieves revela su asombro:

la mayor parte de las figuras están erguidas y son bien proporcionadas: todas se hallan de perfil, son magestuosas y casi colosales, pues miden más de un metro con ochenta centímetros ... se adornan la cabeza con yelmos, penachos y plúmas desplegadas; y además usan collares de los que cuelgan medallones. Muchas de las figuras sostienen una especie de cetro o de bastón en una mano; a los pies de otras están colocadas figuras más pequeñas en posturas reverentes, y algunas se hallan rodeadas de filas de jeroglíficos.[5]

Posteriormente otro aficionado a la arqueología llamado Juan Galindo, un



HISTORIA en cierne

Viajes y viajeros en México siglo XIX

Número 2
Guadalajara, Jalisco, México
Junio de 1997

Historia en cierne

Revista de los estudiantes del Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara

Coordinadores de este número
- Marco A. Acosta Ruiz
- Myrna Cortés
- José Refugio de la Torre Curiel

Correspondencia, Av. Vallarta 1668, Seminario de Historia Mexicana, Guadalajara, Jalisco.
Agradecemos al Seminario de Historia Mexicana del Centro Universitario de Los Altos de la Universidad de Guadalajara, el apoyo brindado para la realización de este número.

Gracias a Rubén Páez, Jorge Trujillo y Eduardo Camacho, quienes colaboraron con valiosas observaciones.

Diseño, TonoContinuo.
Enrique Díaz de León sur 514-2
Tel.: 825 94 41, Guadalajara, Jalisco.
E-mail: tonoco@foreigner.class.udg.mx
http://www.class.udg.mx/~tonoco

Impresión, Doble Luna, editores e impresores, S.A., Ing. Hugo Vázquez Reyes 24, Los Belenes, Jal. Tel.: 656 62 68

irlandés oportunista, militar y político, vino a México en busca de rápidas riquezas. Galindo fue el primer investigador que dibujó e identificó jeroglíficos como rasgos distintivos de la escritura maya.

> Para impresionar a los ingleses con la naturaleza única de la cultura maya, envió un pequeño muestrario de objetos a la Real Sociedad de Londres en el otoño de 1831. Por ese motivo desprendió cuatro jeroglífico de estuco del templo de las inscripciones de Palenque y reunió un vaso y varias cabecitas de Yaxhá. Logró lo que se proponía, porque en 1834 aparecieron tardíamente en arqueología los dibujos de los objetos acompañados de una carta suya.[6]

Es importante señalar que estos exploradores abrieron paso a nuevas investigaciones, desde describir lugares hasta informar de las riquezas del país, que era precisamente, el objetivo de todo viajero. Esta información demuestra el interés que despertaron las antigüedades mexicanas y marca el inicio de la formulación de ideas mejor estructuradas en torno a cuatro teorías principales.

Teoría de la Atlántida

Desde tiempos muy lejanos, en el siglo II a.C., se tenía conocimiento de la ciudad de la Atántida. Platón manifestó la existencia de la Atlántida y además expresó algunas de las costumbres y leyes de esta ciudad; incluso llegó a describirla en parte. Él nos dice al respecto que un viejo llamado Crisias, antigüo habitante de Egipto, relató:

> nuestros libros cuentan cómo Atenas destruyó un poderoso ejército que salió del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia, porque entonces se podía atravesar este Océano. Se encontraba en él, en efecto, una isla situada frente al estrecho de Llamais en nuestra lengua las "Columnas de Hércules". Esta isla era más grande que la Libia y el Asia juntas: los navegantes pasaban por allí a las otras islas y de éstas al continente que rodeaba ese mar verdaderamente digno de tal nombre.[7]

En el siglo XIX los viajeros que recorrieron las zonas mayas retomaron la existencia de esta ciudad desaparecida como base para justificar el poblamiento de América.

Brasseur de Boubourg

Fue uno de los primeros que retomaron esta idea. Dominaba doce lenguas y más de veinte escrituras. Este francés leyó a los 15 años a Garcilaso de la Vega, a Antonio Solís y al Conde de Carli, quienes hablaban de civilizaciones prehispánicas del Nuevo Mundo. "En pocas palabras, Brasseur fue una de las personas mejor preparadas que abrazaban los estudios americanistas del siglo XIX".[8] Escribió *L'Histoire des nationes civilisées*, obra que está llena de extrañas interpretaciones. La más notable de ellas es la idea de que las civilizaciones de Mesoamérica surgieron del continente perdido de la Atlántida. Brasseur fundamenta esta idea sobre presuntas relaciones entre los mitos del origen de los indígenas y la leyenda de la Atántida. Los orígenes de las lenguas indígenas se encontraban -decía- en las lenguas escandinavas y mediterráneas

después relacionaba las leyendas indígenas con los sucesos históricos del Viejo Mundo en páginas y más páginas de tortuosas explicaciones razonadas de una manera difusa que irrita al lector y oscurece los brillantes datos históricos reales que maneja.[9]

Explica la relación entre la desaparecida Atlántida y las culturas mesoamericanas por medio de la cultura tolteca:

Los toltecas eran descendientes del remanente que sobrevivió a la convulsión, por ello habían sido los únicos portadores reales de la civilización, la cultura y el arte de trabajar los metales en la América media y transmitido sus conocimientos a otras tribus.[10]

Brasseur fue el primero en descubrir la clave para la comprensión de toda una serie de dibujos ornamentales hasta entonces incomprensibles.[11] Tuvo acceso al archivo de Madrid en 1864 y obtuvo los manuscritos de *La Relación de las cosas de Yucatán* escritos por el Obispo Diego de Landa. Este libro se convirtió en la principal fuente de información sobre la antigua cultura maya de Yucatán; alcanzó gran difusión, por medio de sus ediciones en español y francés,[12] luego que durante tres siglos, los secretos mayas habían permanecido cuidadosamente guardados.[13]

Este religioso excepcional tradujo el *Popol Vuh*, el *Rabinal Achi*, el *Códice Chimalpopoca*; rescató y tradujo el *Códice maya troano*; escribió sendos libros sobre la historia primitiva norteamericana de México y Centroamérica de la civilización maya; publicó una *Bibliotheque* mexicano-guatemalteca, un diccionario y una gramática mayas.[14]

Eustaquio Buelna

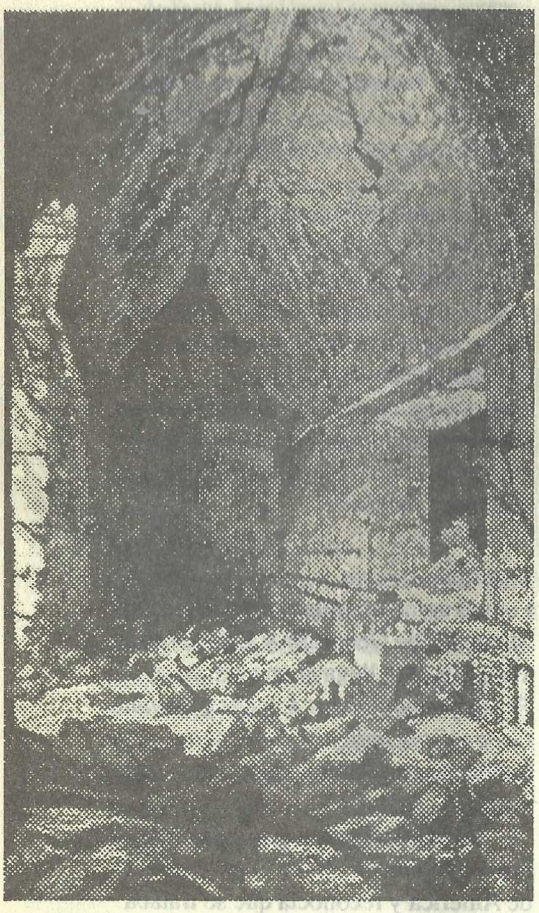
Fungió como miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1872. Su obra lleva el nombre de *Peregrinación de los Aztecas y Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa* y fue publicada en el último cuarto del siglo XIX.[15]

Él conocía las teorías existentes hasta el momento sobre el poblamiento de América y reconocía que se trataba

de una cuestión histórica muy discutida. Su postura se basaba en que la población americana procedía de la isla de la Atlántida, que presuntamente servía de puente entre América, Europa y Africa y que desapareció, dando su nombre al mar que la cubrió.

Buelna explicaba que:

> ... hay que convenir en que la comunicación amplia y fácil por la Atlántida es la que explica más satisfactoriamente las abundantes inmigraciones que debieron surtir de tan diversos pobladores a América, y además la existencia de esa isla, hoy desaparecida, y que por mucho tiempo se tuvo como creación fantástica de Platón surge ya de las lucubraciones de la ciencia con la tensión de erigirse en un hecho real sirviendo de aclaración a hechos geológicos indisputables, y a la interpretación de ciertos jeroglíficos. [...]
> Entre las razas que poblaron nuestro continente una de las más notables fue la nahoa, que según opinión del Lic. Alfredo Chavero, eruditísimo historiador mexicano, procede del Oriente y avanzando desde la Atlántida hasta encontrar las grandes llanuras del pacífico, entre los grados 35 y 45 latitud Norte, se extendió después por la costa hacia el Sur, penetrando en los territorios actuales de Sonora y Sinaloa, y fue a fundar en el Valle de México los imperios más civilizados y poderosos de la antigua América ...[16]



Añade que la Atlántida es evidente que tiene etimología nahoa, procediendo de *atlatlan*, palabra compuesta de *atlatl*, reduplicación o plural de *atl*, agua, y de la preposición tlan que significa "junto a aguas o al mar".[17] Corrobora la etimología y significación referida a una ciudad de Culiacán que fue lugar de tránsito para las tribus de razas nahoas y así relaciona la raza nahoa con los vascos de la península Ibérica. Buelna se basa en el códice Aubin para aclarar que *Aztlan* era *Atlantlan*.

Teoría de la inmigración por El Estrecho de Bering

Waldeck. (1776-1875)

Adoptó el título de conde. Su nacionalidad no se sabe con exactitud pues se le atribuían las ciudadanías francesa, alemana e inglesa.

En 1822 Waldeck se hallaba en Londres y había conocido al librero y autor Berthoud. Waldeck se hizo de una reproducción del informe de Antonio Del Río sobre Palenque que fue lo que motivó a venir ...Waldeck es autor de uno de los libros precursores sobre Yucatán y enigmático dibujante de ruinas arqueológicas... Waldeck estaba convencido de que personas procedentes de Asia habían influido en la cultura de América Media e insistía en que Xochicalco, que ya había visitado, y Palenque, que aún no había examinado, eran de estilo asiático.[18]

Concluyó que la gente que había construido Palenque era una mezcla de varias naciones del viejo continente, con seguridad el tronco principal fue de los caldeos y posteriormente, los indoasiáticos constituyeron la mayoría.[19]

Cuando visitó la zona de Palenque y se acercó a la Lápida de la Cruz estaba a punto de efectuarse un saqueo "... partes de la Lápida de la Cruz habían sido retiradas de su sitio y puestas hacia abajo en el piso, porque una doña rica del pueblo se había coludido para enviarlas a Estados Unidos."[20]

En los años 60 del siglo XIX, el gobierno de Napoleón III estaba adquiriendo antigüedades mexicanas como subproducto artístico y científico del régimen de Maximiliano. Waldeck se quejaba de la destrucción y robo de muchos decorados con una gran decepción.

Es lógico pensar que gracias a las facilidades otorgadas a los extranjeros durante este período, se realizaron saqueos en las zonas arqueológicas mexicanas, especialmente mayas, que provocaron una gran demanda de piezas por parte de los países que enviaban expediciones a este Nuevo Mundo cultural. Así, provocaban una gran diversidad de colecciones que México ha perdido a lo largo de su historia. Con esto, el gobierno mexicano empezó a darse cuenta de la necesidad de abrir museos para conservar nuestras artes prehispánicas; no era posible que otros países como Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y España se preocuparan por conservar estas joyas arqueológicas, que hasta hoy permanecen en sus grandes museos.

Sin embargo no fue sino hasta 1824 que se fundó el Museo Nacional, dividido en tres departamentos, uno de ellos, el de antigüedades, contaba con monumentos prehispánicos.

Teorías indigenistas

Stephens. (1805-1852

Era una persona amante de las antigüedades. Viajó a lugares como Egipto, Arabia, Tierra Santa, Grecia y Turquía. A la edad de 38 años tuvo en sus manos los informes del coronel Galindo sobre los restos arquitectónicos prehispánicos en las selvas vírgenes de Yucatán, que le interesaron. Para este viaje buscó que lo acompañara y el dibujante inglés Frederick Catherwood. Stephens conoció la obra de Waldeck respecto al origen de estas construcciones, resumiendo:

No necesitamos regresar a cualquier nación del Viejo Mundo para buscar a los constructores de estas ciudades: no son obra de gente que halla desaparecido y cuya historia se

halla perdido, sino que hay fuertes razones para creer que son creación de las mismas razas que ocupaban el país en la época de la conquista española o de alguno de sus progenitores no muy distantes.[21]

Ante las ruinas Stephens comprendió por qué los investigadores previos compararon estos descubrimientos con el arte egipcio y concluía que las ruinas americanas tenían ese origen. Waldeck consideró que el arte maya era mucho más exótico.

> Ningún parecido con el de los egipcios; y al no encontrarlo aquí buscamos en vano en otras partes. Las obras de este pueblo, reveladas por sus ruinas, son diferentes a las de cualquier otro pueblo conocido; son de un nuevo orden, y completamente anómalas, son únicas ... llegamos a una conclusión bastante más interesante y maravillosa que la de relacionar a los constructrores de estas ciudades con los egipcios o cualquier otro pueblo. Es el espectáculo de un pueblo que se originó y creció aquí, sin modelos ni maestros, con una existencia diferente, separada e indígena, tan indígena como las plantas y los frutos de la tierra ... John Lloyd Stephens estableció de este modo el escenario para el estudio de las ruinas mayas como un fenómeno cultural con personalidad propia.[22]

Le Plogeon (1837-1908)

Perteneció a la nobleza, estudió en la escuela militar de Caen a la edad de 11 años, posteriormente estudió en el Politécnico de París y a mediados de los cuarentas llegó a América. El motivo por el cual vino a México es desconocido. En el año de 1886 se trasladó a California, atraído por la fiebre del oro y en 1873 emprendió la carrera de la arqueología maya.

Conoció tempranamente la teoría de la Atlántida, sin embargo dio primacía a los mayas en la historia del mundo; tras una migración "finalmente los mayas se habían establecido en el valle del Nilo, desde donde se habían enviado expediciones a las regiones que rodean la costa oriental del Mediterráneo".[23]

En otras palabras, los mayas fueron el pueblo generador y afirmó que existen "vestigios de él, y de sus lenguas en todas las naciones históricas de la antigüedad de Asia, África y Europa."[24] Coincidía con Brasseur en la importancia de la Atlántida en esta comunicación

> ... el continente perdido de la Atlántida representaba un papel clave en los comienzos de la civilización maya, pero que los mayas habían cruzado el pacífico y llegando hasta el Cercano Oriente a través del Océano Índico ... mostraba un extraño conjunto de datos de Chichen Itzá y de otras partes para apoyar sus teorías, fechando el origen maya cerca de los 6,000 años atrás. En determinado momento pretendía qué Chichen Itzá tenía 12,000 años de antiguedad.[25]

A Le Plogeon se le identifica fácilmente cuando lo relacionamos con su mayor descubrimiento realizado en un montículo de Chichen Itzá: un tigre esculpido con cabeza de ser humano al que llamó Chac Mool o rey tigre.

Escribió su obra *Queen Móo and the Egiptian Sphiny*, publicado en 1898. Esta obra no era aceptada en el círculo de historiadores y arqueólogos por la fantasía con que la manejó. Cuatro años después apareció la segunda edición, pero como a la primera, nadie le tomó

importancia. Murió amargado en 1908, convencido de que había sido un genio de la arqueología ignorado en su generación.[26]

Dupaix [27]

Comparando el estilo maya con el de los pueblos antiguos llegó a una conclusión: "Palenque no tiene ninguna influencia gótica, árabe, china o cartaginesa, ni tampoco con el estilo de los zapotecas y los aztecas del norte",[28] y concluyó que era un estilo original. Aunque no descartó que se tuvieran influencias transoceánicas, pero se aproximó más a una teoría indígena.

Edward H.Thompson (1856-1935)

Nació en Worcester Massachussetts en 1856. Leyó a Stephens "dejándole una viva impresión de las misteriosas ruinas de Yucatán".[29] Estudió ingeniería y encontró un libro de Brasseur que desvió su interés hacia la leyenda de la perdida Atlántida. Dominó la fotografía, aprendió gramática española y un poco de náhuatl.

Realizó el estudio de la arqueología mexicana después que conoció las obras de Brasseur, que lo llenaron de entusiasmo por la leyenda de la Atlántida y la arquitectura de Yucatán. En 1879 apareció un artículo en *Popular Science Monthly* titulado "Atlántida no es un mito", Thompson fue nombrado Cónsul de Yucatán y Campeche para tener absoluta libertad de investigación.[30]

Al igual que Stephens, no tardó en convencerse de la naturaleza indígena de la civilización maya. Se olvidó para siempre de la Atlántida a medida que se formaba una modesta opinión general de los logros mayas ...

Escribió:

No dudo de que estas ruinas se hallan en un estado bastante más elevado que el de los nómadas del oeste y también que el de los pueblos comunales del sudoeste, pero no de aquel estado avanzado de progreso que puede tener una influencia de largo alcance.[31]

A medida que este personaje fue conociendo la cultura maya precolombina, se dio cuenta que las teorías de la Atlántida, de la influencia egipcia y de la misma teoría indígena de los antiguos mayas no estaban bien fundamentadas y terminó su vida aceptando que los nativos llegaron de Asia por el Estrecho de Bering.

Thompson fue el primer investigador que profanó los cenotes sagrados de la cultura maya. En 1904 llevó a cabo esta operación en el cenote sagrado de Chichen Itzá en busca de las ofrendas que acompañaban a los sacrificios humanos, como cerámica y metales preciosos. En su primer intento de extracción, aparecieron dos huesos humanos; posteriormente encontró huesos y piezas de barro, así como un objeto de forma esférica que "era una bola de Pom de incienso de copal". Fueron necesarios tres meses de trabajo para que lograra extraer objetos valiosos, tales como numerosos cascabeles de cobre y bronce, piezas de jade, cuchillos ceremoniales y discos decorados.

Teorías sobre la influencia egipcia

Brasseur de Bourbourg

Sustentaba varias teorías sobre el origen egipcio del mundo prehispánico, en particular el maya,

> Brasseur no quería afirmar, sino sólo exponer los hechos ... hizo uso de la cosmografía, la historia, la mitología y los rasgos morales expresados en las tradiciones y manuscritos que había recogido.[32]

Se inclinaba por comparar las tradiciones de Asia y de Egipto antiguas, con los pueblos prehistóricos de América. Larrinzar[33] opinaba que la exposición llevada a cabo en el Museo Nacional de México por Maximiliano en el año de 1865 también tendía a demostrar la comunicación entre los mayas y los egipcios.

Brasseur unió por semejanzas a las deidades mexicanas con las egipcias: Quetzalcoatl y Urius, Tezcaltlipoca y Amón Ra, Ehecatl y Eikton.[34] Brasseur se sirvió de una "colección de láminas egipcias" [35] que poseía el coronel del ejército José Mariano Sánchez y Mora.

Para concluir ese tema tan pintoresco del siglo XIX, pensemos que estos primeros exploradores se enfrentaban a una nueva problemática. Con estas primeras teorías que se generaron en sus trabajos, los viajeros buscaban explicar de alguna manera los problemas a los que se enfrentaban, es digno de admiración que no contaban con los elementos necesarios para hacer una buena investigación de carácter científico, sin embargo los resultados de sus trabajos nos llevan a pensar en la gran capacidad que tenían para superar todo tipo de obstáculos; los resultados de sus investigaciones llegaron a Europa y causaron gran impacto, porque daban a conocer un mundo nuevo y lleno de misterios.

La libertad de la que disponían los científicos extranjeros para realizar investigaciones en nuestro país permitía que el conocimiento de la cultura prehispánica se desarrollara, adquiriendo un valor incalculable y creando conciencia en la nación mexicana de la necesidad de tener científicos que fueran a la par de aquellos extranjeros. Más aún cuando se dieron cuenta de lo mucho que se habían llevado. Sin embargo esto fue necesario para que abrieran los ojos y para alentar en ellos el espíritu de que México era un país con una riqueza ilimitada, riqueza que aún hoy lamentamos no conocer en su totalidad y que es un legado muy importante de nuestra cultura prehispánica.

Notas

1.- Que sondean por instinto en las fuentes del pasado, así resulta racional el que sean historiadores quienes preparen el estudio de la Arqueología entre nosotros, digo esto porque pienso que la arqueología es el antecedente de la historia.

2.- *Cfr.* Robert L. Brunhouse. *En Busca de los Mayas. Los primeros arqueólogos*. Trad. Jorge Ferreiro. México: FCE., 1989, p. 19.

3.- *Ibid*, p. 12-18.

4.- *Ibid*, p. 22-23.

5.- *Ibid*, p. 31.

6.- *Ibid*, p. 39.

7.- *Ibid*, p. 51.

8.- Robert L. Brunhouse. *op. cit.*, p. 111.

9.- Brian Fagan. *Precursores de la arqueología en América*. Traducción Mayo Antonio Sánchez García. México: FCE., 1984, p. 272.

10.- Brunhouse, *op. cit.*, p. 125.

11.- C.W. Ceram. *Dioses, tumbas y sabios*. Traducción Manuel Tamayo, 2a ed., España: ORBIS, 1985, p. 354.

12.- *Cfr.* Brunhouse, *op. cit.*, p. 121.

13.- Continúa siendo la descripción clásica de los antiguos mayas. Fue escrita con observaciones de primera mano de los indios y sus costumbres tradicionales usando informantes que pasaban muchas horas aclarando puntos al estudioso Landa. Véase Fagan *op. cit.*, p. 53.

14.- Cfr. José Iturriaga. *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos (XVI-XX)*. Tomo I. México: FCE., 1988, p. 183.

15.- Eustaquio Buelna. *Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa*. México: Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1892. Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Fondos Especiales, Colección de Misceláneas, msc. núm. 256-1.

16.- *Ibid*, p. 5-12.

17.- *Ibid*, p. 12.

18.- Brunhouse, *op. cit.*, p. 52-64.

19.- Fagan. *op. cit.*, p. 127.

20.- *Cfr.* Brunhouse, *op. cit.*, p. 64.

21.- *Ibid*, p. 67.

22.- Fagan, *op. cit.*, p. 194.

23.- *Ibid*, p. 186.

24.- Brunhouse, *op. cit.*, p. 140.

25.- Augustus Le Plogeon, *cit.* en Brunhouse, *op. cit.*, p. 141.

26.- Fagan, *op. cit.*, p. 274.

27.- La fecha exacta de cuando nació y cuando murió no la pude encontrar, pero se tiene información que pudo haber nacido a mediados del siglo XVIII y su muerte entre los años de 1818-20.

28.- *Ibid.*, p. 129.

29.- *Ibid.*, p. 32.

30.- *Ibid.*, p. 157.

31.- *Cfr.* Fagan, *op. cit.*, p. 276.

32.- *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. XI, p. 283.

34.- Miembro de la Comisión Científica, Literaria y Artística.

35.- *Ibid.*, p. 179.